

AL ANDAR DEL CAMINO

LA POESÍA DEL 40: EILSON

La obra poética de Jorge Eduardo Eielson se halla, hasta la fecha, dispersa en diarios y revistas, y reunida tan sólo en dos breves cuadernos: *Reinos* (1945) y *Mutatis Mutandis*, escrito en Roma en 1954 y publicado en Lima (1967), esto es, aproximadamente en los límites marcados por su viaje a Europa y el año de su vuelta al país; largo lapso sólo interrumpido por la aparición en una pequeña plaquette de *Canción y muerte de Rolando* (1959). Salvo estas publicaciones, de difícil acceso, son las antologías las que han contribuido a su relativa, aunque siempre feliz, difusión. *Reinos* pudo ser releído en 1973 en las Ediciones de la Clepsidra, y en el curso del presente año ya se podrá contar con el conjunto de sus poemas, bajo el título de *Poesía Escrita* dentro de las ediciones del Instituto Nacional de Cultura.

No cabe duda, pues, que esta valiosísima obra ha tenido, desde su inicio a fines de la década del treinta, una singular presencia, fragmentaria aunque inconfundible. Sus primeros poemas, todos ellos destruidos o transfigurados, recogieron con rica sensualidad y esplendor imaginativa, en una edad aún escolar, el deslumbramiento de sus experiencias vacacionales en nuestra selva. El poeta adolescente se iniciaba con ellos en un lujoso y pródigo rito verbal, tal vez demasiado cerca de la naturaleza que los inspiró y

comprensiblemente algo distantes del justo diseño estructural que, poco después, habría de conquistar con singular maestría.

Con *Reinos* se puso de manifiesto, en la poesía peruana de entonces (prácticamente acalladas las voces de los poetas mayores) un sentimiento y una dicción desconocidos. Una extraña, honda y personal visión. Densos a la par que leves, musicales tanto como tácticos, a la vez contenidos y libérrimos, sus versos transverberan una oscura angustia tanto como la conciencia desgarrada de una pérdida y el gozo supremo del hallazgo y el rescate: (Palomas y níveas gradas húndense en mi memoria./ Y Ante mi cabeza de sangre pensando/ Moradas de piedra abren sus plumas, estremecidas).

Léxico vario y novedoso, adjetivación no menos que sorprendente, definida inclinación a asumir una realidad que sabe cierta en su heterogeneidad, contradicción y deterioro radicales, todo ello se hace patente en esta escritura y seguirá siéndolo más tarde. Y, atravesando el curso victorioso de sus imágenes, persiste una ráfaga de flores muertas de no sabemos qué comarcas y qué climas.

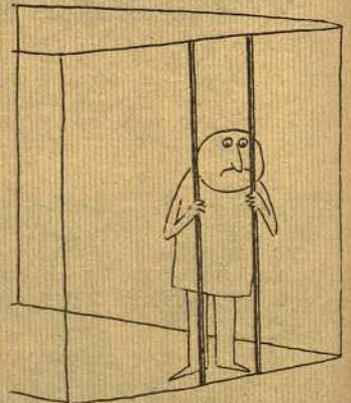
Los poemas en prosa de Eielson (*Canción y muerte de Rolando*, *Antígona*, *Primera muerte de María* y otros más) dotados de rara audacia imaginativa y verbal,

intensidad lírica, sutiles e imprevisas asociaciones, orquestación acabada de sus recursos expresivos— alcanzan la más alta cifra en el género. Citamos una estancia de su *Canción* (Para ti que mueres en la dulce tormenta de la rosa, hay esta nube, la lenta armadura del cielo por tierra, hay esta cruz de hierro que palpita entre los últimos abetos, hay soledad y hiedra hambrienta bordeando tu cadáver desafiante).

En *Doble diamante* (1947) se percibe el giro de un lirismo que puede estimarse un tanto barroco hacia formas concisas y nítidas, tanto más logradas cuanto más rica fue la materia precedente. En este sentido, con la única excepción de "*Serenata*", esos poemas dicen bien de la modalidad que adoptarán los venideros. Se acorta el verso, el sentido se torna declarativo y aún preciso, las imágenes se sitúan una tras otra con perfecto rigor. Sirva de ejemplo este pasaje del hermoso poema que le da título al libro (¿Conoces tu cuerpo esfera de la noche/ Esfera de la noche/ Huracán solar conoces tu cuerpo/ Conoces tu cuerpo conoces/ Tu admirable cabeza tus piernas moviendo/ El centro miserable/ De mis ojos de oro/ Mis ojos de oro de mirarte/ De oro de soñarte/ De loírarte?).

Todo eluntuoso despliegue de su escritura limeña empieza así a someterse a una economía más sabia y a un juego algorítmico de permutaciones en cuyo trasfondo sentimos un vivo desencanto (puedo escribir/ así/ de tí/ contigo/ sin tí/ tal vez/ silbando/ como quien no/ quiere nada/ nada nada nada nada nada) y en otro poema (porque tu cuerpo es de tierra/ y mi cuerpo es de tierra/ de qué sirve la tierra sin tu cuerpo/ de qué sirve la tierra sin mi cuerpo).

Los libros sucesivos, todos inéditos como tales menos *Mutatis Mutandis*, escritos en Ginebra, París y Roma, irán sometiendo su materia a la acción de la piedra de toque de la pureza expresiva. En ellos su visión se hace cada vez más ardidamente



hermosa y limpia, apta para alcanzar, con la intangible nobleza de su verbo, astros y heces, destellos y miasmas, lóbregos paraísos, geometrías cósmicas y diarios infiernos ciudadanos. En un tenaz y venturoso esfuerzo exploratorio, esa misma palabra es lanzada a un espacio que excede sin límites al de la página, por fuerza de una visualidad tan simple como sugerente. Palabra a la que infunde seductora plasticidad haciendo de ella el doble, luminoso, del mundo percibido, aparentemente libre ya de la mística niebla que se expandía en su primera creación: existirá una máquina purísima/ copia perfecta/ de sí misma/ y tendrá mil ojos verdes/ y mil labios escarlata/ no servirá para nada/ pero tendrá tu nombre/ oh eternidad.

La poesía de Jorge Eduardo Eielson se nos aparece una siempre y varía; siempre varía, y una; humana hasta en sus más altos resplandores, quizá sí a pesar suyo, e incorruptible.

La Vigie, Port Cross Querido Aldous:

He leído *Contrapunto* con un corazón que se me hundía hasta las botas y una admiración creciente. Creo que ha dado usted la verdad, tal vez la última verdad, sobre usted y su generación, con un valor verdaderamente hermoso. Me parece que es necesario un valor diez veces mayor para escribir *Contrapunto*, que el que fue necesario para hacer *Lady Chatterley*. Y si la gente se diera cuenta de lo que lee, le arrojaría a usted cien piedras por cada una que me arroja a mí. Yo sostengo que el arte tiene la obligación de revelar el momento palpitante, en el cual se halla el hombre, tal cual. Y me parece que usted lo consigue, de una manera terrible. ¡Pero qué momento! . Si sólo se puede palpar con el suicidio, con el crimen o el rapto, en sus varias gradaciones y usted establece claramente que es así —¿cómo haremos para vivir, caro amigo? . ¿Preparando otro crimen aún, otro suicidio y otro rapto? . Pero eso se transforma

en un hastío fantasmal, y produce al final, inercia, inercia, inercia definitiva y total atrofia de los sentimientos. Hasta que —supongo— llegue una superguerra final, y el crimen, suicidio y rapto barran la vasta masa de la humanidad. Tiene usted razón, lo intelectual no cuenta mucho; es lo que emociona a uno lo que vale. Y si el crimen, el suicidio y el rapto es lo emocionante para usted, será sin lugar a dudas su destino. Y no se puede cambiar el destino mentalmente. Se vive para lo que lo conmueve a uno, y punto final.

Con todo, es un coraje perverso que va haciendo al hombre aceptar el suicidio lento de la inercia y la esterilidad. La perversión de una criatura perversa. Es asombroso ver hasta qué punto son así los hombres. Richard Aldington es exactamente así en lo íntimo; crimen, suicidio, rapto: tiene un verdadero

deseo de ser raptado; lo mismo que usted. Sólo que él no se enfrenta con ello, y quiere dorar su perversión. Me hace sentirme mal. He tenido nuevas hemorragias aquí y he estado en cama. Porca miseria. Si no encuentro un punto sólido para salir de esta ciénaga, estaré perdido. No puedo soportar el crimen, ni el suicidio, ni el rapto; especialmente el ser raptado. ¡Por qué los hombres sólo se conmueven con una mujer que los rapte? .

Todo lo que me gustaría hacer con su Lucy es darle un beso en la boca. Su *Rampion* es el personaje más aburrido del libro. Una maleta vacía. ¡Su intento de simpatía intelectual! . Todo es demasiado un tejón de los campos repugnantes y me siento como *Wimbledon* que trata de no ser cazado. Bien, caro. Siento que este es el adiós. Pero uno continuará diciéndose adiós por muchos años.

D.H.L.